

## 1. La decisión de Elora Trevi

*Miércoles, 7 de mayo de 2008. 19:20. Una pequeña ciudad en el sureste de Francia*

Elora colgaba de una roca a unos doce metros del suelo. Sus únicos puntos de agarre eran las yemas de cuatro dedos de la mano izquierda. El pulgar, tenso, temblaba a dos centímetros de la pared, mientras el brazo derecho oscilaba buscando el próximo punto de la vía. Sentía las piernas pesadas balancearse por debajo de su cintura y trataba de utilizar el vaivén de éstas para dirigir su centro de gravedad hacia el muro. Sabía que apenas podría aguantar unos instantes sujeta tan solo por las últimas falanges de los dedos de una mano.

Era la primera vez que se atrevía con esa ruta. Sus compañeros le habían avisado repetidamente de que era una vía muy compleja que requería de una técnica que no dominaba. Se lo habían dicho sinceramente, pero con el convencimiento de que sus comentarios no servirían sino para animarla más aún.

Nadie dudaba de que dispusiera de muy buenas cualidades y de que, comparada con los muchachos de su edad, era una de las escaladoras más hábiles y avanzadas, pero era joven y demasiado impulsiva. Jonás, director del centro y profesor de Elora, que la había visto crecer pegada a la pared, le había dicho antes de empezar, contradiciendo al resto de escaladores: «Yo sí creo que dominas la técnica para terminar esa vía. Lo que no creo que tengas es la paciencia necesaria».

Después se había echado a reír al tiempo que le ponía la mano sobre la cabeza y le revolvía el pelo. Esto no había hecho sino soliviantar a la joven. Por despecho y con la intención de acallar las risas de todos los presentes, se había fijado el arnés con decisión y había comenzado a trepar con una expresión en el rostro, que contenía a duras penas la rabia. Al principio todo había ido como la seda y fue ganando confianza con cada pequeño avance. Pero poco después empezaron las dificultades.

Tal y como había predicho Jonás, su error fue actuar precipitadamente. La joven había alcanzado un punto de apoyo que se le antojaba cercano sin haber previsto la posición siguiente; desde ese agarre ya no pudo continuar con naturalidad. A partir de entonces el sufrimiento no había hecho más que aumentar. Cada movimiento le alejaba más de la posibilidad de cubrir la ruta en posiciones más relajadas. Las fuerzas habían ido menguando y estaba al límite de sus posibilidades. El silencio era sepulcral abajo en el parque. Unos segundos antes había notado que las paredes estaban vacías e intuía que ya nadie escalaba, que todos estaban abajo con sus ojos escrupulosamente fijos en ella. Esto acrecentó el

nerviosismo de la joven. Temió complacer a sus compañeros con una caída. Pensó en los comentarios de consuelo que le esperaban si esto ocurría. El orgullo le infundió las últimas fuerzas para seguir. Elora se miró las puntas de los dedos, que se le habían puesto rojas y parecía que iban a reventar como globos demasiado hinchados. El resto de los dedos estaban pálidos y los tendones de la muñeca le dolían intensamente. En un intento desesperado puso en tensión todo su cuerpo y trató de dirigirlo hacia la pared. Sintió un pinchazo agudo en la base de la muñeca de la mano izquierda y comprendió que se había lesionado. En el último instante notó en la mano derecha el contacto con la piedra y creyó haberse agarrado; pero, al momento, todo el peso de su cuerpo cayó de golpe sobre los dedos, que no pudieron resistir. Sintió un latigazo, perdió el contacto y cayó.

Naturalmente estaba asegurada. Jonás, que agarraba las cuerdas desde el suelo, frenó su caída. La mantuvo suspendida por encima de las cabezas que le observaban desde el suelo con los cuellos estirados. Después fue soltando cuerda suavemente hasta que la joven pudo hacer pie. Todos estuvieron de acuerdo en que había estado magnífica e incluso hubo quien dio unos aplausos. La joven ofreció una leve sonrisa. Le agradaba ver que sus compañeros la miraban con respeto y con admiración. Era consciente de que, a pesar del fracaso, su actuación había sido digna de elogio; pero no quería que éstos vieran que sus ánimos la consolaban y prefería mostrar una insatisfacción consigo misma, que pusiera de manifiesto cuán altas eran las metas que se fijaba.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —preguntó Jonás.

Elora tenía la mano derecha sobre la muñeca izquierda. Se la frotaba y se la agarraba con fuerza.

—No es nada —respondió—. Seguro que se me pasa enseguida.

—Lo que tú digas; pero no quiero volverte a ver subida a la pared hasta que no quede ni rastro de dolor. ¿Me oyes?

Ella agachó la cabeza. Jonás tenía una autoridad y le infundía un respeto que habría deseado ver en su padre. Le admiraba profundamente.

Jonás había recorrido medio mundo trepando por las paredes más escarpadas. Sobre las paredes del rocódromo colgaban varias instantáneas en tamaño póster de Jonás suspendido sobre abismos de aire, colgando sobre el vacío con una elegancia felina, con el sol poniente al fondo y agarrado con una sola mano a paredes que salen de la montaña paralelas al suelo como una lengua de roca. Después de muchos años recorriendo mundo en busca de piedra y hielo por donde trepar, había decidido retirarse de la escalada profesional. Se mudó a aquella pequeña ciudad y fundó el rocódromo que llevaba su nombre.

En muchos sentidos Elora deseaba que su padre fuera como Jonás: audaz, valiente, especial, con un sueño y una pasión; sin embargo, no había dos personas más diferentes. Al menos así lo creía ella.

Alvar era profesor de ciencias naturales en el instituto, en el mismo instituto donde ella estudiaba el último curso antes de salir a la universidad. Nunca había sido un hombre que sobresaliera por encima del resto en ningún aspecto. Tampoco creía ella que su padre tuviera ningún deseo de ello, ni que el ser un hombre totalmente normal le causara sufrimiento alguno. Le sacaba de quicio que se conformara tan apaciblemente en la normalidad de una vida insulsa de profesor de instituto de pueblo; pero, sobre todo, que no quisiera otro destino diferente para su hija.

Desde la muerte de su madre, la relación entre ambos no había hecho sino deteriorarse. Durante los primeros años, Alvar había caído en una tristeza que casi le había borrado de la faz de la tierra. Ella había tardado años en darse cuenta de cómo de ausente había estado su padre en aquel tiempo y de cómo había sido ella la que había tomado las riendas de la casa. Aprendió a ser autosuficiente y desarrolló en aquellos años ese ímpetu y esa determinación que no pasaban desapercibidas.

Elora se desprendió del arnés y de las cuerdas, recogió el equipo en un baúl que había en un lateral junto a la pared y se encaminó al vestuario. Unos minutos más tarde, la muchacha que había abandonado la sala vestida con unas mallas de escalada y una camiseta de tirantes aparecía convertida en una bella mujer. Su pelo era del color marrón claro de las castañas. En ocasiones, con mucha luz, parecía que tenía destellos rojizos. Su melena era poblada, de un pelo recio que llevaba por lo general alborotado y agrupado en varios mechones que se formaban naturalmente. Esto le daba cierto toque salvaje, que se confirmaba en los ojos verdes que había heredado de su madre. Al contrario que la mayoría de chicas de su edad, no empleaba mucho tiempo en acicalarse, en ordenarse el peinado y en maquillarse el rostro. Todas estas costumbres no le eran del todo ajenas; pero, en general, le parecía simplemente que requerían demasiado tiempo. No le hacía nada de falta de todas formas. Se sentía muy cómoda con su apariencia cuidadosamente desordenada y tan solo se sombreaba las pestañas de vez en cuando. Elegía su ropa con cuidado, pero sin dedicarle demasiado tiempo. Pasaba desapercibida entre las chicas de su edad, que parecían llevar una competición constante por resaltar. Era una mujer alta para su edad, como si los años de escalada la hubieran ido estirando más de lo que le tenía reservada la genética; y esto, junto con su carácter fuerte y decidido, intimidaba en ocasiones a los chicos. Estaba bien musculada, aunque no en exceso. Era delgada pero carecía de insinuantes redondeces de mujer. Tenía las

yemas de los dedos y el cojín de la base de éstos con durezas y agrietados, de forma que su piel resultaba algo áspera en las palmas de las manos, que estaban pálidas casi permanentemente por los restos de polvo de talco. En el resto del cuerpo, no obstante, la piel tenía la tersura de la juventud y estaba teñida de un moreno aceitunado. Encima del tobillo izquierdo tenía tatuada una salamandra. Se lo había hecho sin el consentimiento de su padre, lo que había causado naturalmente una pelea épica que tardó en diluirse varios días, durante los cuales no se dirigieron la palabra.

Se había recogido el pelo bajo un gorro de lana, que parecía inflado como un balón. Llevaba la garganta cubierta por una bufanda y, a la espalda, la mochila con las cosas del deporte mezcladas con los cuadernos de clase. Jonás la vio salir. Estaba sujetando las cuerdas de seguridad para un hombre que escalaba enfrente. Le pidió a otra persona que le relevara y le entregó las cuerdas. Después se acercó hasta la joven en una pequeña carrera y la alcanzó cuando ésta ya se disponía a atravesar la puerta de salida.

—Elora, espera —dijo Jonás mientras daba el último paso—. ¿Qué tal llevas lo del viaje? ¿Necesitas ayuda? —Ella se le quedó mirando con cierta decepción y sin responder—. Todavía no se lo has dicho a tu padre, ¿no es cierto? —adivinó Jonás.

—No he encontrado el momento. De todas formas, aún me queda tiempo, ¿no?

—Sería bueno saber si contamos contigo. Hay que ir preparándolo todo. Ya sabes... Si es por el dinero, estoy seguro de que podemos encontrar una solución. Solo tienes que decírmelo.

—No es eso. No te preocupes.

La muchacha se encogió de hombros y miró algo contrariada a su profesor. Inmediatamente, recompuso una mirada orgullosa en el rostro y dijo:

—¿Por qué me tiene que dar él permiso? No lo entiendo. ¡Ya casi tengo dieciocho años!

—Casi, Elora. Casi...

—En verano apenas me faltarán un par de meses para cumplir los dieciocho —replicó quejándose.

Él la miró con impotencia.

—Lo siento. En eso seré inflexible.

Comprendió que no había alternativa. Si quería unirse al grupo de escalada en el viaje a los Alpes, tenía que conseguir que su padre se lo consintiera.

Jonás llevaba organizando este viaje unos cinco años consecutivos. En verano, él y un grupo de escaladores asiduos al rocódromo viajaban hasta los Alpes, donde, durante cinco

semanas, se dedicaban por entero a la escalada. Acampaban al aire libre o en refugios de montaña. Hacían rutas de senderismo y peregrinaban entre los valles. Además de la escalada al aire libre en las paredes rocosas, el viaje contaba con un aliciente especial. Durante esas semanas Jonás enseñaba al grupo las técnicas para la escalada sobre hielo. Cada año, al volver del viaje, se reunían todos en el rocódromo para ver las fotos y las diapositivas de los que habían participado. Elora había asistido a esta ceremonia durante años. Y cada año abandonaba el rocódromo con una mezcla de ilusión y melancolía, abrumada por la visión de aquellos paisajes, entusiasmada por las imágenes de sus compañeros avanzando por el hielo, y entristecida y enrabiada por no poder formar parte del grupo de escogidos. Ya había intentado unirse a la expedición en los últimos dos años, pero hasta entonces no había recibido más que una rotunda negativa. Hasta ese año. Por primera vez, de forma excepcional y únicamente por tratarse de Elora, a la que consideraba técnicamente muy avanzada y en buena forma, Jonás había sucumbido a las súplicas de ésta y había consentido que les acompañara. Tan solo había puesto una condición: Alvar debía dar su consentimiento.

—Si quieres, puedo hablar con tu padre.

—¡Ni se te ocurra, Jonás! —respondió con energía—. Le convenceré yo misma. No me lo puede negar.

—Como prefieras; pero mi oferta sigue en pie. Solo para explicarle lo que haremos, que es seguro...

Ella ya no contestó. Solo hizo un gesto rápido de despedida y salió del rocódromo.

—¡Ten cuidado con esa mano, no vaya a ir a peor!

Pero las palabras de Jonás rebotaron contra el cristal de la puerta tras la que había desaparecido la muchacha. Eran cerca de las ocho y media de la tarde. De nuevo se había demorado más de lo debido y sabía que su padre la estaría esperando para cenar.

La noche era fría y húmeda. Mientras escalaba habían caído unas gotas y el sillín de la bicicleta estaba mojado. No encontró nada mejor que su camiseta de escalada para secarlo. El camino hasta su casa duraba unos veinte minutos. Durante ese tiempo pedaleó incesantemente absorta en sus pensamientos. Conforme se iba acercando a casa, crecía en ella la determinación de confrontar a su padre. Una y otra vez repetía en su cabeza las frases que le diría para convencerlo. Se dio cuenta de que todo lo que se le ocurría resultaba agresivo, lleno de reproches. Pensó que tal vez éste se mereciera el beneficio de la duda. Él sabía, tenía que saber cómo de importante era aquel viaje para ella. Hasta entonces su padre nunca había tenido que posicionarse al respecto. Muy a su favor, Jonás no le había permitido nunca que participara; así le había evitado a su padre tener que dar su negativa. Su padre incluso había

intentado consolarla en más de una ocasión, manifestando su convencimiento de que era demasiado pronto y alegando que ya llegaría el momento de emprender un viaje así. Cuando decía esto no era del todo consciente de que, tarde o temprano, ese momento habría de llegar.

«Solo ha de darme el consentimiento. Yo me buscaré los medios para conseguir el dinero. Trabajaré de cualquier cosa durante el verano. De esa forma no tendrá derecho a negármelo», pensaba. Finalmente decidió que afrontaría la escena con más diplomacia y que trataría de hablar calmadamente y de razonar con su padre. Si lograba contenerse y evitar una discusión, tenía más posibilidades de éxito. De cualquier modo, podía demostrar a su padre que era una mujer adulta.

Sumida en estos pensamientos, imaginándose una y otra vez la conversación que estaba a punto de ocurrir, llegó finalmente a su casa. Vio el coche de su padre delante de la puerta del garaje; no se había molestado en aparcarlo dentro. Dejó la bici entre el coche y la tapia que daba a la casa de los vecinos y cruzó el jardín frontal hasta el buzón para mirar el correo. Su padre nunca recogía el correo; ésta era una de las tareas que se habían quedado eternamente como responsabilidad de Elora, como un vestigio de los años en los que ella había tenido que tomar el mando de la casa. Si ella no hubiera rescatado las cartas del buzón, se habrían ido acumulando hasta que al cartero no le habría quedado otra opción que dejarlas en el suelo. Él decía que nunca recibía nada de interés: facturas, cartas del banco o publicidad de cosas que no le interesaban. Elora se irritaba cada vez que su padre le decía eso. Le exasperaba que él no tuviera amigos y que no viera a nadie. En algunos momentos deseaba que encontrara a una mujer, con la esperanza de que despertara de su letargo emocional. Sobre todo le irritaba aquel “solo cosas que no me interesan” de su padre. ¡Era tan típico! Se decía a sí misma: «Solo cosas que no me interesan. ¡No puede ser de otra forma! ¡A mi padre no le interesa nada!».

No obstante, de algún modo habían llegado a un acuerdo tácito sin mediar palabra. Ella ponía las cartas sobre el frutero de la mesa encima de la cocina y su padre, a desgana, acababa ocupándose de los asuntos.

Recogió varios sobres y un paquete que enseguida reconoció como una revista de escalada que había encargado hacía unas semanas. Entre las cartas había una de la universidad dirigida a ella, seguramente con información sobre los estudios en los que se había prematriculado, unos sobres con membrete del banco para su padre, una carta más para Elora sin remitente que le sorprendió, pero a la que no prestó mucha atención, y unos papeles de colores con publicidad de reparto de comida a domicilio.

Entró en la casa y dejó las cartas para su padre sobre el frutero, donde todavía había dos sobres que llevaban allí casi una semana. Su padre la oyó y enseguida le dijo, en tono de reproche pero sin levantar la voz, que llegaba tarde y que la cena seguramente ya se habría quedado fría. Elora le gritó que acudiría en un instante a la mesa y subió las escaleras a todo correr hacia su habitación. Dejó su correspondencia sobre la mesa y tiró la mochila al suelo. Se quitó la chaqueta y el gorro y se encaminó al comedor todavía con la bufanda puesta.

Alvar estaba sentado a la mesa leyendo un libro. Había estado esperando a su hija sin probar bocado de la comida, que permanecía como frío testigo encima de la mesa. Esto la irritó; no podía comprender por qué su padre se comportaba de esa manera. No podía haber empezado a cenar, tenía que esperar, con la comida encima de la mesa, sin tocar, como prueba irrefutable de la ingratitud de su hija, para que ella comprendiera que llevaba tanto rato esperando, que incluso se había puesto a leer un libro. Por un momento todos sus deseos conciliadores se esfumaron y a punto estuvo de increpar a su padre diciéndole que si él no tenía nada que hacer aparte de trabajar, cenar e irse a la cama, eso era cosa suya, pero que ella tenía un *hobby* y que podía cenar más tarde sola sin ningún problema. A pesar de todo, se contuvo. Sabía que comenzar con una discusión no era la forma más sabia de obtener el permiso. Alvar dejó el libro abierto encima de la mesa con las cubiertas hacia arriba y comenzó a comer en silencio.

—No entiendo por qué has de esperar para cenar si después no me dices ni una palabra —dijo ella algo incómoda.

—También se puede compartir el silencio —respondió él. En ese momento ella sacudió levemente la mano con dolor al tomar los cubiertos. El viaje en la bicicleta había empeorado la lesión. Su padre percibió el gesto, aunque ella trató de ocultarlo rápidamente.

—¿Te pasa algo en la mano? —preguntó Alvar.

—No es nada.

—Te lo has hecho escalando, ¿verdad? No me extraña. Algún día te vas a matar. Vas demasiado deprisa.

De nuevo tuvo que esforzarse para no saltar. ¿Qué sabía él lo deprisa que iba? Primero, no la veía escalar nunca; y segundo, no tenía ni la menor idea de escalada. Elora se sentía en tensión y se percataba de que estaba especialmente irascible.

—Ya te he dicho mil veces que, si se toman las medidas adecuadas, la escalada es un deporte más seguro que la mayoría de los deportes.

Su padre asintió con la cabeza sin añadir nada más. A pesar de todo, algo en el tono de su voz le decía a Elora que estaba extrañamente agradable esa noche. Al fin rompió su silencio.

—He estado pensando...

Se oyó el chocar del tenedor contra el plato de cerámica cuando su padre lo dejó sobre éste, haciendo claramente una pausa en el comer. Elora comprendió que esto era el prelude de algo inesperado.

—El otoño que viene ya estarás en la universidad. Sé que no te encuentras a gusto en esta casa y que estás deseando marcharte. No te culpo; te entiendo y sé que no tiene que ser fácil compartir el hogar con alguien como yo. Con alguien tan diferente...

Elora se sintió de repente conmovida. A pesar de la rabia que normalmente sentía al hablar con su padre, tenía que confesarse que lo quería. Esa rabia solo eran deseos de que su padre volviera a ser como antes. Como antes de que muriera su madre. Esta confesión la tomó por sorpresa. Supo que cuando su padre se refería a alguien tan diferente, hacía referencia a las diferencias entre él y su hija; pero también quería decir alguien tan diferente a Margot.

—He estado pensando en que hace mucho tiempo que no hacemos nada juntos y que este verano, como despedida, quizás podríamos marcharnos unos días de vacaciones.

Elora se sorprendió enormemente. Se habría esperado todo menos esto.

—No te pongas dramático, papá. No me voy a ir para siempre. Vendré casi todos los fines de semana —dijo tratando de ganar algo de tiempo—. Y tú también puedes venir a verme. Te vendría bien salir de esta ciudad de vez en cuando.

—Bueno. ¿Qué me dices? —Aliviado, tomó de nuevo el tenedor y continuó comiendo. Esta vez fue ella la que dejó los cubiertos sobre la mesa—. No pareces muy entusiasmada —añadió.

—No. No es eso. Me parece bien... —dijo ella sin convencimiento.

—Pero no te apetece. Está bien. No pasa nada. Olvídalo. —Las palabras secas de Alvar se introdujeron en su hija con dolor. Sintió la decepción de su padre y tuvo lástima.

—Sí. Sí que me apetece. Me apetece, papá. Solo que, precisamente este verano... ¿Qué te parece si lo aplazamos para el siguiente? Al fin y al cabo este verano todavía no nos ha dado tiempo de echarnos de menos; pero el siguiente, después del primer curso en la universidad... —continuó ilusionada creyendo que había encontrado realmente una buena escapatoria—. Entonces podríamos irnos una o dos semanas a algún sitio. Seguro que entonces tenemos mucho más que contarnos. ¿Qué te parece?

—¿Y por qué no este verano? —preguntó él.



Calló durante unos segundos y al fin respondió.

—Jonás me ha permitido finalmente acudir al viaje a los Alpes.

El rostro de Alvar se contrajo. Esa noche las sorpresas iban de lado a lado de la mesa.

—He estado esperando este momento desde hace años; pero Jonás no me dejará ir sin tu consentimiento.

Alvar necesitó unos segundo para pronunciar palabra.

—Pero todavía eres menor de edad. Pensaba que ese viaje solo era para mayores de dieciocho.

—No es la edad lo importante. Hay personas mayores de edad a los que se les “recomienda” no hacer el viaje. Es Jonás el que juzga quién está preparado. El límite de edad es una referencia. Lo importante es la condición física y la técnica. Y yo tengo ambas. Además, cumplo los dieciocho poco después del viaje.

De nuevo hubo un silencio incómodo.

—Yo me había hecho ilusiones de ir de vacaciones contigo. ¡Hace tanto que no hacemos un viaje juntos!

—Y ¿tiene que ser ahora? ¡Precisamente este verano! Si has podido esperar tantos años, ¿por qué no uno más? Podemos ir el verano que viene. ¿Qué más da?

—Elora, ese viaje... Ya sabes lo que opino.

Ella de repente se enfureció.

—Sabías que este año Jonás me permitiría ir, ¿verdad? ¿Puede ser que hayas sido tan ruin? ¡Te has sacado esto de las vacaciones de la manga para no tener que decirme que no!

—No digas tonterías. ¿Cómo iba yo a saber? Te he propuesto las vacaciones porque te echo de menos. ¿Es tan difícil de entender?

—Y los últimos años, ¿acaso no me echabas de menos? ¡Vaya casualidad!

La discusión había ido subiendo de tono y, en ese momento, había llegado a herir los sentimientos. Alvar se sintió acongojado; la recriminación de su hija le revolvía el estómago.

Él sabía que no había sido un padre ejemplar. Seguramente no el padre que Elora había deseado. Pero quería a su hija. La quería con locura y se arrepentía de haberse ido alejando de ella casi sin notarlo. ¡El tiempo pasa tan deprisa! Le pareció que era ayer cuando Elora tenía apenas ocho años, cuando era una dulce niña encandilada con su padre y él le dedicaba todo su tiempo y atención. Pero la muerte de Margot lo había cambiado todo. Sí. Él se arrepentía de haber estado durante tantos años regodeándose en el dolor y llorando la ausencia de Margot; pero era tan grande la tristeza que no había podido hacerlo mejor.

—Lo siento, papá. No quería decir eso —dijo ella arrepentida.

Él desvió la mirada hacia la pared.

—Pero tienes que entenderlo, papá. Es el viaje más importante de mi vida. ¡Llevo esperando más de cuatro años! El año que viene, con la universidad, y estando fuera, no podré ir al rocódromo tanto como hasta ahora. Es como una despedida final.

—También hay rocódromos en la ciudad. Seguramente más grandes.

—Pero ya no será lo mismo. No sin Jonás. ¡Tú no lo entiendes!

—Hay muchas cosas que yo no entiendo. ¡También hay otras que no entiendes tú!

Alvar veía al otro lado de la mesa a una mujer decidida e impulsiva. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cómo su hija se había ido convirtiendo poco a poco en un vivo reflejo de su madre. Incluso en el físico se le parecía horrores. Tuvo la sensación de que esos ojos verdes que se fijaban en él desde el otro extremo eran los de la misma Margot vuelta de entre los muertos, que hablaba por boca de su hija. Él se había enamorado precisamente de ese ímpetu y de esa determinación, pero había llegado a odiarlas cuando estas mismas cualidades se habían ido llevando a su mujer de su lado.

Cuando se conocieron, Margot trabajaba en el Louvre. Pasaron unos años inolvidables en París. Después vino Elora y fue como si alguien estuviera premiando su amor. Margot dejó de trabajar en el museo durante los primeros tres años de vida de su hija y ya no volvería más a su antigua profesión. Todo empezó a cambiar entonces, cuando la madre de Elora, de la mano de su padre Simon, se unió a la fundación, a esa empresa de locos, a ese grupo de piratas modernos que viven en un mundo irreal: Atlantic Searches.

Primero en pequeños viajes esporádicos, después durante semanas enteras casi cada mes, Margot había pasado los últimos años de su vida recorriendo los rincones más lejanos del planeta en expediciones ridículas. La culminación de aquellos cinco años fue un viaje a Mongolia y al Tíbet que se alargó durante meses y del que no volvió. ¿Cuánto tiempo antes había tratado Alvar de convencer a su esposa de que su sitio estaba con él y con su hija? Insistentemente trató de que Simon, el propio padre de Margot, la convenciera y le hiciera volver antes de que fuera demasiado tarde. Pero Simon no había hecho nada; al menos no lo suficiente. Hasta que un día su suegro se presentó en casa con los ojos llorosos y destrozado, para decirle que Elora había perdido a su madre y él al amor de su vida, que se le había escapado entre los dedos como el agua.

La idea de las vacaciones no era simplemente un deseo de reencontrarse con su hija sino también un intento de que ésta no siguiera los pasos de su madre y se alejara de él de la misma forma. Pero quizás había llegado demasiado tarde. Quizás la joven ya se había marchado durante los años que él había permanecido dormido. Aquel viaje a los Alpes era la

confirmación final. Si se lo permitía sería como decirse a sí mismo que lo que hizo Margot estuvo bien, que estuvo bien desatender la casa con una Elora todavía niña, que estuvo bien poner sus aventuras por delante de su familia y que estuvo bien dejarle a él, abandonarle, primero en la constante súplica y en la incertidumbre de no saber cuándo sería la próxima vez que regresaría y finalmente en la devastadora soledad de la viudez.

—Lo siento, Elora, pero no tenemos dinero para un viaje así.

—¡Ya sabía yo que me ibas a venir con lo del dinero! —exclamó ella, que había perdido ya totalmente los estribos y se aceleraba hacia un desencadenamiento fatal.

—¿Qué quieres que le haga? No somos ricos.

—Solo fírmame el consentimiento y no te preocupes por el dinero. Ya me las apañaré yo solita.

Y diciendo esto se sacó una hoja llena de dobleces que llevaba en un bolsillo minúsculo de la falda y lo echó sobre la mesa. Su padre no prestó a aquel papel la más mínima atención.

—¿Y cómo vas a conseguir el dinero? Si se puede saber.

Elora no respondió y miró a su padre altivamente, dando a entender que eso no era de su incumbencia. Él se enfureció aún más.

—¡Ah! Ya sé. Se lo pedirás a tu abuelito el rico, ¿verdad?

Elora le miró con furia.

—No había pensado en eso, fíjate; pero, ahora que lo dices, es una idea buenísima.

Desde luego sabía cómo enfurecer a su padre. Sabía que Alvar había cercenado el contacto con Simon después de la tragedia. Elora siempre le había criticado por ello. Desde entonces veía a su abuelo muy ocasionalmente y éste no se permitía hacerle visitas, aunque sufría por estar alejado de la niña.

Simon era rico, de eso no cabía ni la menor duda. De hecho, inmensamente rico; pero Alvar se había negado orgullosamente a aceptar ni un solo céntimo de él. Cuando Margot todavía vivía, por orgullo, y después de su muerte, por orgullo y por despecho. Elora sabía que la idea de que ella fuera a aquel viaje con fondos proporcionados por su abuelo le quemaría a su padre en el estómago como ácido.

—¡Eso es! Y después le dejas que te meta en la cabeza todas esas patochadas de sus teorías del Todo y las leyes de lo que sea. Hace falta ser engreído para pretender explicar lo inexplicable. Ni lo sueñes; no irás a ese viaje. ¡El año que viene, cuando seas mayor de edad, haz lo que te venga en gana! —dijo él muy irritado.

Elora dio un golpe sobre la mesa y gritó:

—¡Sabía que no me ibas a dejar ir! ¡Lo sabía! ¡Lo del dinero es una excusa! ¡Una burda excusa! Aunque tuvieras el dinero no me dejarías ir. Y no me dejas ir porque tienes miedo, siempre has tenido miedo y por eso te encierras en esta casa sin salir. Pero yo no tengo miedo. ¡Yo no soy como tú!

Alvar sintió un dolor indescriptible, una pena muy honda y un desagradable sentimiento de culpabilidad; pero también una rabia feroz, no contra su hija, sino contra sí mismo, aunque él no era consciente de esto. Impulsado por esta rabia elemental, se levantó de la mesa bruscamente y se marchó del comedor.

—¿Es tu última palabra? —preguntó ella.

Se metió en su despacho, donde pasaba las horas muertas, y cerró tras de sí la puerta con un golpe que resonó en toda la casa como una contundente réplica a la pregunta de su hija, que se quedó flotando solitaria encima de la mesa.

El papel donde debía firmar el consentimiento estaba sobre la madera, entre los platos todavía llenos de comida fría de padre e hija. La joven lo tomó con rabia y lo destrozó en mil pedazos, que arrojó sobre la mesa. Después se marchó corriendo a su habitación y se puso a llorar amargamente. Le dolía no ir a un viaje tan deseado, pero sobre todo le dolía que su madre no estuviera allí. A veces odiaba a su padre, no podía evitarlo, y deseaba con todas sus fuerzas que su madre aún estuviera con ellos. Ella lo habría entendido. Ella le habría firmado el consentimiento incluso con alegría. Su madre no tenía miedo.

Elora no era la única que vertía en ese momento lágrimas amargas recordando a Margot. Abajo, en el despacho, que se había convertido en su guarida triste y gris, donde se había refugiado de la gente por tantos años, Alvar lloraba desconsoladamente como un niño, con la vista fija en el retrato de su mujer difunta. Todavía entonces, diez años después de su muerte, lloraba a menudo delante de ella. Algunos días le decía que la echaba de menos, que la necesitaba junto a él, que no era un buen padre para Elora y que con ella todo sería distinto. Otros días le increpaba, le gritaba enfadado, le preguntaba por qué se había marchado, por qué le había dejado a él en esa insoportable soledad. Al día siguiente le decía que le habría gustado abrazarla una vez más, si al menos hubiera podido despedirse de ella. Había pasado tanto tiempo que ahora ese retrato era una imagen más real de su mujer que su propio recuerdo.

El resto de aquella noche ninguno de los dos acudió adonde estaba el otro. Elora fue recomponiéndose poco a poco hasta que se le secaron las lágrimas. Dio un paseo por la habitación, miró por la ventana, la abrió y dejó entrar el aire frío. Tomó la mochila con las cosas del deporte que había dejado en el suelo y sacó la ropa sudada para echarla en el cesto

de la ropa sucia. Entonces se percató del correo que había recogido del buzón y se acordó de la revista. Pensó que eso la distraería un poco. Cogió el sobre, lo abrió y encontró, tal y como esperaba, el deseado número de mayo de la revista de alpinismo *Ocho y Mosquetón*.

Se tumbó de nuevo sobre la cama, recostada sobre unos grandes cojines apoyados en la cabecera, y empezó a ojear el fascículo. En primera línea se contaban los preparativos de una nueva expedición que trataría de escalar el Everest a través de la ruta más complicada: una línea directa sobre la vertiente norte, el corredor de los japoneses que enlaza en su tramo final con la ruta Hornbein. Cualquier otra noche habría leído un artículo así del tirón, pero la discusión con su padre le había dejado muy intranquila y le resultaba imposible concentrarse en la lectura. Pasó unas cuantas páginas. El artículo parecía realmente interesante. Contaba con pequeñas biografías de los expedicionarios, un esquema de la ruta que había que cubrir y una relación histórica de las únicas cuatro expediciones que habían completado aquella vía con éxito. Elora se prometió a sí misma volver sobre aquellas páginas con detenimiento en otro momento. Siguió pasando páginas. Los anuncios publicitarios de material se repetían a menudo. Cerró la revista, la echó a un lado sobre la cama y volvió a levantarse. «Apenas dos semanas más y se acabó. Después de los exámenes finales, una nueva vida».

Se acercó al escritorio. Esta vez cogió el sobre que venía de la universidad. «El año que viene por fin estaré fuera de esta casa, fuera de este pueblo. Si no me deja ir a los Alpes, que ni sueñe que vayamos de vacaciones juntos».

Hacía unos meses, llegado el momento de hacer los primeros trámites para obtener una plaza en la universidad, había hablado con su abuelo Simon y le había pedido que la aceptara en la universidad en la que había estudiado su madre y de la que su abuelo había sido rector durante tanto tiempo: la Universidad Internacional Atlántica. Su abuelo la habría acogido con sumo placer. Le garantizó también una beca para cubrir los gastos; pero, aún resultándole difícil establecer condiciones, le había advertido de que no quería agravar los problemas entre ella y su padre, y de que ella debía hablarlo con Alvar. Las discusiones se habían alargado durante semanas. Elora claudicó finalmente, cedió y envió su solicitud a una universidad cualquiera; pero el resquemor se le instaló en el pecho como un cáncer y desde entonces no deseaba otra cosa que perder a su padre de vista.

No llegó a abrir el sobre. Estaba algo desganada. Al dejarlo de nuevo sobre la mesa, la pequeña carta sin remitente que había recibido junto con el resto de la correspondencia reclamó su atención. Se le había olvidado por completo. En primer lugar pensó que sería algún tipo de publicidad enmascarada, porque, ¿quién escribe cartas hoy en día? Y más aún: ¿quién iba a escribirle una carta a ella? Tomó el sobrecito con delicadeza y admiración, como

quien contempla una antigualla, y lo ojeo por ambos lados. Su escrutinio le proporcionó una mínima información adicional: tenía un matasellos de París de hacía tres días. Por fin se decidió a abrirlo y sigilosamente sacó el papel que había en su interior. Se sentó en el marco de la ventana que todavía estaba abierta y comenzó a leer con recelo, como quien escucha un secreto, mientras sentía el frío de la calle en las mejillas:

*Me dirijo a Elora Trevi, hija de Margot Bertrand.*

Alvar se despertó con un intenso dolor de cervicales. La luz de la lámpara del escritorio le abrasó los ojos por un momento. Comprendió que una vez más se había quedado dormido en el sillón del despacho. Inmediatamente sintió una punzada en el corazón al recordar la discusión con su hija. Elora era una testaruda incorregible e indómita, pero, al fin y al cabo, era todo lo que tenía, todo lo que le quedaba. Sabía que corría el peligro de perderla. Le costó esfuerzo desenchajarse del sillón. Se enderezó con unos estiramientos y soltó un bostezo.

Subió las escaleras hacia su habitación. El reloj del recibidor sobre la cómoda marcaba las 3:47 de la mañana. Se avergonzó un poco de su estado y se apresuró a llegar a su dormitorio. Al pasar por delante del cuarto de su hija se detuvo. La puerta estaba cerrada y la casa en silencio. Pensó por un instante en entrar, solo para contemplarla. Se acordó de cuando era pequeña y la miraba al dormir, tan indefensa y tan dulce que inspiraba paz y una agradable tranquilidad. ¡Hacía tanto que no le daba un beso a su hija en la frente cuando ésta dormía! Recordaba cómo le gustaba sentir en las sienes la calidez de la piel de su niña, sentir la respiración de su pequeña nariz y el olor de la ternura de la infancia. En realidad hacía mucho tiempo que no besaba a su hija, y mucho menos despierta. Tenía la mano sobre el pomo de la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando se retractó y siguió caminando hacia su habitación. Se acostó en la cama sin desvestirse.

A la mañana siguiente se despertó algo tarde. Enseguida se quitó la ropa, cogió aceleradamente una muda limpia y se precipitó a la ducha. Unos instantes más tarde bajó las escaleras hacia la cocina. Mientras bajaba llamó a Elora y no obtuvo respuesta. Al llegar a la cocina ella no estaba allí. Salió al comedor y después al recibidor, pero no encontró a su hija. El reloj marcaba las 8:18. Entendió que se había marchado ya y que él llegaba tarde.

Elora y Alvar iban en ocasiones juntos al instituto donde ella estudiaba y él era profesor, pero no en los días en que ella iba a escalar tras las clases, en verano y los días de

buen tiempo, y cuando habían discutido la noche anterior; en esas ocasiones, que eran la mayoría, ella tomaba la bicicleta.

En la cocina no había rastro de que Elora se hubiera detenido a desayunar. En la mesa del comedor todavía estaban los platos con la cena de la noche anterior. Dejó los platos sucios en el fregadero, lo que hizo aumentar la montaña de vajilla sucia, y se marchó de la cocina también sin probar bocado. En el trayecto hacia el instituto se prometió a sí mismo que buscaría a su hija antes de la hora de comer. No sabía en realidad qué era lo que le quería decir, pero sentía un remordimiento incómodo. Hacer esos planes le mitigaba en parte el despacible sentimiento de culpabilidad. Sobre el viaje a los Alpes seguía opinando lo mismo.

A la hora del almuerzo acudió al aula de su hija. Se tropezó al entrar con una tabla que sobresalía del suelo y en busca de apoyo cayó sobre la puerta que estaba semiabierta. Ésta golpeó contra la pared y emitió un ruido seco y fuerte. La profesora de alemán se encontraba borrando la pizarra y se sobresaltó.

—¡Verdamte Scheiße! —se le escapó incontroladamente—. ¡Señor Trevi! ¡Me ha dado usted un susto de muerte! —dijo excusándose y deseando que fueran pobres los conocimientos de alemán de Alvar.

—Disculpe, señorita Koop. He tropezado...

—Está bien, está bien.

—Veo que ha terminado usted un poco antes de lo normal.

—Ni pronto ni tarde. Disculpe. Hemos terminado exactamente a la hora —respondió algo indignada.

—Bueno, sí. Esto... No importa. Solo venía a buscar a mi hija, pero da igual. Ya la encontraré en el comedor.

—Eso me parecería algo realmente sorprendente.

—¿Disculpe? —preguntó Alvar atónito.

—Precisamente pensaba yo que usted venía a explicarme la razón de la ausencia de su hija. No ha estado presente en mi clase. Y, por lo que dice el libro de registro —y diciendo esto dirigió su mirada hacia un pequeño cuaderno de notas que había sobre la mesa—, tampoco en las anteriores.

Alvar se quedó paralizado. En su cara se podía ver claramente que no tenía ni la más mínima idea de lo que le estaban hablando.

—¿Cómo? ¿Usted no sabe nada? —preguntó la docente tratando de contener una sonrisa de reproche y escondiendo la rastrera alegría de poder contar a sus compañeros la

bochornosa aparición del señor Trevi. No se paró a pensar en que la joven pudiera estar en peligro y en que aquella noticia fuera más bien preocupante para su padre.

Alvar se marchó sin responder. Si su hija no había ido al instituto, ¿dónde estaba?

Se apresuró a ir a su despacho en busca de un teléfono. Marcó el número de Elora, que tuvo que mirar previamente en una hoja suelta que no se dejó encontrar fácilmente. Una señorita le informó de que el número marcado estaba apagado o fuera de cobertura.

Tan solo tenía una clase por impartir esa tarde. Se planteó varias veces cancelarla y marcharse a casa, pero no habría sabido qué hacer, dónde empezar a buscar. En realidad no sabía hasta qué punto debía preocuparse. Seguramente se hubiera saltado las clases para ponerle furioso, para vengarse de él, para dejarle en ridículo frente a sus compañeros. Pensó que probablemente había apagado el móvil sabiendo que le llamaría en cuanto se enterase. No quiso aceptar la idea de que a su hija pudiera haberle pasado algo. Al fin y al cabo, vivían en una ciudad pequeña donde nunca pasaba nada.

Así pues, se convenció de que ella solo quería irritarle, y de hecho estaba claro que lo había conseguido. No obstante hizo lo posible por regresar cuanto antes a casa. Encontró los platos sucios todavía en la pila del fregadero, la mesa de la cocina sin restos del desayuno y la casa en silencio. Subió a la habitación de su hija, como anunciaba el silencio, pero la encontró vacía. Después salió al jardín. Estaba empezando a considerar la posibilidad de estar equivocado. Como todos, él también había oído de esos psicópatas que llevan una vida normal, en pueblos de poco más de cien habitantes, mientras en su casa dan rienda suelta a las atrocidades más reprobables. Entonces notó que la bicicleta de su hija estaba apoyada junto a la tapia. Trató de recordar si ya estaba allí cuando él se había marchado esa mañana de casa, pero no pudo. ¿Cuándo había abandonado la casa? ¿Había vuelto durante el día mientras él estaba en el instituto?

Hizo lo que pudo por calmarse y volvió dentro. Pensó en llamar a la policía, pero decidió esperar un poco más. Esperó durante toda la tarde. El desasosiego fue incrementándose con la llegada de la oscuridad. Al llegar la noche Alvar estaba muy nervioso. En las horas siguientes, marcó una y otra vez el número de su hija, pero siempre le recibía la misma señorita de la compañía telefónica y le informaba con una voz dulce, que le irritaba sobremanera, de que el número marcado no estaba disponible en ese momento, y le invitaba amablemente a intentarlo de nuevo más tarde.

No había rastro de Elora y a él no se le ocurría qué podía hacer para encontrarla. Cogió el coche y salió a recorrer la ciudad. Se acercó al rocódromo, pero estaba oscuro en el interior y la puerta cerrada. Regresó a casa tras dar unas vueltas, con la esperanza de que su hija



estuviera allí. En la casa, las mismas imágenes se repetían: la pila de fregar llena de platos sucios, la mesa de la cocina sin restos de actividad, el dormitorio de Elora vacío y la misma señorita incansable al otro lado del teléfono.

Se metió en su despacho y se sentó en su butaca, tal vez deseando que fuera todavía la noche anterior y que su hija estuviera, aunque enfadada, en su habitación. Se convenció de que algo raro estaba pasando. Eran ya las dos de la madrugada. «Si Elora no vuelve en el transcurso de esta noche, mañana por la mañana, lo primero que haré será dirigirme a la policía».